

Día: Vi 30 d'abril de 2021

Sesión 7

Tema: Dios como Padre

Del Dios creador al Dios Padre

Hay personas creyentes y no creyentes que se imaginan a Dios como un ser justiciero, indiferente ante las desgracias de la humanidad, distante, etc. Esta concepción está muy lejos del verdadero rostro de Dios, misericordioso, justo y cercano que nos muestra Jesús.

Desde el inicio del Antiguo Testamento se nos pone de manifiesto la faceta de Dios como creador, tanto del mundo como de la humanidad. En ese sentido, todos somos criaturas, es decir, creación de Dios. La idea de **Dios como Padre** no está desarrollada significativamente en el Antiguo Testamento, aunque se puede entrever en algunos pasajes, como por ejemplo en este fragmento del profeta Isaías:

“Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado: lleva a hombros el principado, y es su nombre: «Maravilla de Consejero, Dios fuerte, Padre de eternidad, Príncipe de la paz» (Isaías 9,5).”

En el Nuevo Testamento se produce un **cambio de paradigma**: dejamos de ser solo criaturas de Dios y nos convertimos en hijos de Dios, ya que por la comunión con Jesús, Dios se convierte en nuestro Padre. Esta afirmación solo es comprensible si entendemos la filiación entre Dios Padre y Jesús, y el conjunto de la Santísima Trinidad. Así es, siendo Jesús hijo de Dios y nosotros entrando en comunión con Jesús, entonces nosotros también nos convertimos en hijos de Dios.

Dios como Padre en el Evangelio de San Juan

En el Evangelio de San Juan se manifiesta como un eje central la relación de filiación entre Jesús y Dios Padre, y la estrecha vinculación entre estas dos personas de la Santísima Trinidad:

“«Yo y el Padre somos uno» (Juan 10,30).

“Felipe le dice: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta». Jesús le replica: «Hace tanto que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre (Juan 14, 8-9)».

Esta relación tan íntima también implica, naturalmente, un conocimiento absoluto de Jesús del Padre; esto nos permite que también lo conozcamos nosotros a través de Jesús:



“A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer (Juan 1,18)”.

En otras palabras, Jesús nos muestra **el rostro del Padre**, desde su doble naturaleza, divina y humana. Además de esto, la vida, muerte y resurrección es una continua glorificación del Padre y, del mismo modo, el Padre glorifica al Hijo. Asimismo, la relación de filiación entre el Padre y el Hijo comporta que el trato para con ambos deba ser igual; es decir, se les debe honrar del mismo modo:

“Porque el Padre no juzga a nadie, sino que ha confiado al Hijo todo el juicio, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió” (Juan 5,22-23).

Finalmente, Jesús a través de sus acciones nos enseña a relacionarnos con el Padre. Nos muestra cómo orar, cómo debemos adorarle, cómo tenerle absoluta confianza, cómo tratar a los hermanos... Y nos encamina a la vida eterna junta al Padre:

“Esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día» (Juan 6,40)”.

Comentario de texto de Evangelio según San Juan 4,1-34

Cuando supo Jesús que habían oído los fariseos que Jesús hacía más discípulos que Juan y que bautizaba (aunque Jesús no bautizaba, sino sus discípulos), dejó Judea y partió de nuevo para Galilea. Era necesario que él pasara a través de Samaría. Llegó Jesús a una ciudad de Samaría llamada Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José; allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al pozo. Era hacia la hora sexta. Llega una mujer de Samaría a sacar agua, y Jesús le dice: «Dame de beber». Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida. La samaritana le dice: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?» (porque los judíos no se tratan con los samaritanos). Jesús le contestó: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice “dame de beber”, le pedirías tú, y él te daría agua viva». La mujer le dice: «Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?». Jesús le contestó: «El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna». La mujer le dice: «Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla». Él le dice: «Anda, llama a tu marido y vuelve». La mujer le contesta: «No tengo marido». Jesús le dice: «Tienes razón, que no tienes marido: has tenido ya cinco, y el de ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad». La mujer le dice: «Señor, veo que tú eres un profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén». Jesús le dice: «Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la



salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que lo adoren así. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y verdad». La mujer le dice: «Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, él nos lo dirá todo». Jesús le dice: «Soy yo, el que habla contigo». En esto llegaron sus discípulos y se extrañaban de que estuviera hablando con una mujer, aunque ninguno le dijo: «¿Qué le preguntas o de qué le hablas?». La mujer entonces dejó su cántaro, se fue al pueblo y dijo a la gente: «Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿será este el Mesías?». Salieron del pueblo y se pusieron en camino adonde estaba él. Mientras tanto sus discípulos le insistían: «Maestro, come». Él les dijo: «Yo tengo un alimento que vosotros no conocéis». Los discípulos comentaban entre ellos: «¿Le habrá traído alguien de comer?». Jesús les dice: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra.

Preguntas

- ¿Se nos muestra de alguna manera en este texto el rostro de Dios como Padre?
¿De qué manera?
- ¿Qué tipo de relación se produce entre Jesús y la samaritana?
- Jesús es el agua viva que anuncia en el texto. ¿Nosotros creemos esta verdad por lo que nos han dicho o porque lo hemos vivido como la samaritana? ¿De qué manera has experimentado que Jesús es el agua viva de la que habla el texto?
- La samaritana, por la enemistad histórica entre samaritanos y judíos, era rechazada por estos últimos. ¿Qué situaciones de marginación detectamos en nuestro entorno? ¿Cómo nos podemos dar a los otros? ¿Qué muestras de entrega a los otros vemos en Jesús?